



LOS RETOS PARA LA RECONCILIACIÓN EN COLOMBIA



Grupo de la Escuela de Perdón y Reconciliación (ESPERE). Establecimiento Penitenciario de alta y mediana seguridad La Dorada

Los dolores más intensos e inimaginables los hemos tenido que vivir los colombianos a lo largo de la historia del país. Hoy día, de cierta manera, todos los ciudadanos de Colombia podemos llamarnos “Sobrevivientes” de esta guerra. Y digo sobrevivientes porque cuando se recuerdan los horrores de la guerra no se entiende cómo se pudo sobrevivir a ese contexto; y no porque se haya sido combatiente, no había incluso necesidad de serlo, simplemente valía tan poco la vida, que el solo hecho de vivir en localidades específicas te hacía ya un blanco para X o Y actor armado.

El momento por el que atraviesa el país debe movilizar la sensibilidad para comprender los dolores no expresados por la víctimas, principales sujetos de intervención; acompañándolas en la construcción de nuevas narrativas, en la reconstrucción de su dignidad humana, dignidad que perdieron por el dolor físico, emocional y sentimental de las lesiones y de sus experiencias vividas, impulsando la construcción de identidades victoriosas y no re-victimizándolas, permitiendo con esto avanzar en procesos de perdón y reconciliación, propiciando que las personas heridas u ofendidas logren avanzar en su proyecto de vida y se desanclen de los odios y deseos de venganza que les generó lo acaecido, por ende, permitiendo cortar los hechos de violencia y conflictividad que han marcado nuestra sociedad.

La construcción de paz no es posible si no quitamos las etiquetas a seres humanos que tuvieron una actitud inadecuada en la vida: “esos malditos”, “esos desgraciados”... Hay seres humanos que cometieron muchos errores, pero que siguen siendo seres humanos. Si los desconozco como humanos, desconozco el Dios que existe en ellos: aquel Dios que nos da ejemplo, invitando a perdonar hasta setenta veces siete (Mt. 18,22). Y que siempre nos mira con amor y misericordia.

La construcción de paz y el camino hacia la reconciliación no se puede lograr si no promovemos el amor y la ética del cuidado por los que nos rodean y que no son tan iguales a nosotros, ese amor que permite devolver el sentido de la vida y por ende a respetarla.

No tengo que abrazarme con mi ofensor, no tengo que andar de gancho con él, calle arriba y calle abajo, sólo debo trabajar en mi proceso de sanación personal para ganancia propia, porque quizá el ofensor ya no existe en este mundo, y si no promovemos la liberación de ese sentimiento de rabia por lo que nos sucedió, quizá no logremos trascender en ese camino tan complejo, pero tan maravilloso que es la vida y avanzar en la reconciliación y la paz.

Se debe promover una especie de cultura política del perdón y la reconciliación desde las actitudes más cotidianas: la cordialidad, la amabilidad y el buen trato, ser buen vecino, buen amigo, ejercer bien mi profesión, e intentar comprender y tolerar al que no lo es. Actitudes que no son más que buenas prácticas de convivencia ciudadana, y por las que se puede orientar el trabajo para que los ciudadanos emprendamos ese duro camino por comprender al otro, y quitar actitudes de la vida diaria que pueden generar más violencia. Así será menos difícil emprender ese camino complejo hacia la reconciliación. Será también menos fácil para quienes quieren seguir inculcando en los ciudadanos tensiones de odio y deseos de venganza.

La invitación es, entonces, para que todos los colombianos tomemos conciencia de la importancia del perdón, la reconciliación y la paz, y nos comprometamos con ella, así como nos invitó el Papa en su reciente visita: “Queridos colombianos: no tengan miedo a pedir perdón y a ofrecer el perdón. No se resistan a la reconciliación, para acercarse, reencontrarse como hermanos y superar las enemistades. Es hora de sanar heridas, de tender puentes, de limar diferencias. Es la hora para desactivar los odios, y renunciar a las venganzas y abrirse a la convivencia basada en la justicia, en la verdad y en la creación de una verdadera cultura del encuentro fraterno”. (Papa Francisco, parque las Malocas, Villavicencio, viernes 8 de septiembre de 2017).

Leidy Yoana Palacio García (PDPMC)
Línea Cultura de Paz y Reconciliación



Programa Desarrollo
para la PAZ
del Magdalena Centro

CIENCIA Y EDUCACIÓN: CLAVES PARA ALCANZAR LA VERDADERA PAZ

“El desarrollo es el nuevo nombre de la paz”, nos decía el beato Pablo VI hace 50 años, cuando reclamando acciones en favor de los menos favorecidos advertía sobre la necesidad de incluir la educación básica como el primer objetivo en un plan de desarrollo. El subdesarrollo, la dependencia y la dominación son los frutos de la ignorancia y la falta de políticas que favorezcan el acceso a los beneficios de la ciencia y el conocimiento, en términos de equidad, calidad y universalidad, como factores de primer orden en los procesos de socialización. El objetivo fundamental de la educación es mejorar la calidad de vida de las personas, que en razón de su dignidad tienen el derecho a recibirla por parte del Estado.

Cuando este derecho no se ejerce en condiciones de justicia e igualdad, persiste la brecha entre instruidos e ignorantes, que equivale a decir: entre ricos y pobres. Ya que la mayor pobreza de una nación es la falta de educación y el justo acceso de

los beneficios de la ciencia y el conocimiento.

Consecuencia lógica de las desigualdades e injusticias sociales es la violencia que se expresa de diferentes formas, pero principalmente en la violencia generalizada de grupos, sectores y naciones, que frente a la ausencia de instrumentos válidos para dar solución a la satisfacción de sus legítimas aspiraciones, acuden a acciones de justicia por su propia mano, utilizando las armas aun en contra de sus propios hermanos.

La paz es fruto de la justicia. De ahí que el acceso a la ciencia y a la educación como un derecho fundamental en Colombia y en el mundo, sean claves para que los procesos de paz no queden a mitad de camino. No se trata solamente de llegar a acuerdos, sino de incluir en ellos el derecho a una educación que esté abierta a las relaciones fraternas a fin de fomentar en nuestro país y en el mundo la verdadera unidad y la paz.

Pbro. Fabio Quintana Marín

